

# Crónicas

## Narración de los hechos

En base a la investigación desarrollada, se puede rehacer el escenario del asesinato de los seis jesuitas y sus dos empleadas. Para ello son especialmente útiles las declaraciones extrajudiciales de quienes participaron en el crimen. Tanto los entrecuillados como los diálogos de esta narración han sido tomados textualmente de dichas declaraciones, las cuales, además, reproducimos en la documentación.

### 1. El preludeo del crimen

El lunes 13 de noviembre, en la tarde, quedó constituida una zona militar para proteger los lugares donde se encuentran el Estado mayor, la Escuela militar y la colonia Arce, ubicada, precisamente, en frente del portón principal de la UCA. Esta zona de seguridad quedó bajo las órdenes del coronel Guillermo Alfredo Benavides Moreno, director de la Escuela militar. A ella se agregaron efectivos de diversos batallones, entre ellos algunos pertenecientes al batallón Atlacatl, así como otros pertenecientes a los destacamentos de Sonsonate y Ahuachapán. Ese mismo lunes se autorizó el cateo de la residencia de los muertos en la UCA y se ordenó ejecutarlo al teniente José Ricardo Espinoza Guerra y a su segundo, el subteniente Gonzalo Guevara Cerritos, ambos de alta en el batallón Atlacatl.

Aparentemente, y si hacemos caso a las declaraciones extraoficiales de los acusados de asesinato, en ese momento no se mencionó la po-

sibilidad de asesinar a los padres. Sin embargo, hay algunos elementos sospechosos. En una narración del cateo que dejó escrita P. Ignacio Martín-Baró, él señala la insistencia del oficial en registrar las instalaciones del Centro Monseñor Romero y la residencia de los padres, que se encuentra en el mismo edificio. Asimismo, el P. Ignacio Ellacuría invitó al oficial a regresar al día siguiente en la mañana para registrar la UCA, ya con la luz del día, para que se convencieran de que no había nada. Los soldados no regresaron en ese momento.

¿Estaba ya planeado el asesinato?

### 2. La planificación desordenada

Siguiendo el relato de las confesiones extrajudiciales de los ocho acusados llevados ante el juez, los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera. A las once de la noche del 15 de noviembre, el teniente Espinoza recibió la orden de presentarse ante el coronel Benavides en la Escuela militar. En dicha escuela se encontró con el teniente Yussi Mendoza Vallecillos, quien le repitió que el coronel lo quería ver a él y a su subteniente Guevara Cerritos. Encontraron al coronel en una sala de oficiales y se encaminaron al despacho de este último, donde el coronel dijo: "Esta es una situación donde son ellos o somos nosotros; vamos a comenzar por los cabecillas. Dentro del sector de nosotros tenemos la universidad y ahí está Ellacuría."

Inmediatamente señaló a Espinoza y continuó, "Vos hiciste el registro y tu gente conoce ese lugar. Usá el mismo dispositivo del día del registro y hay que eliminarlo. Y no quiero testigos. El Teniente Mendoza va a ir con ustedes como el encargado de la operación para que no haya problemas."

Espinoza añade que le dijo al coronel que "Eso era un problema serio." A lo cual el coronel contestó, "No te preocupés, tenés mi apoyo."

Los otros dos tenientes difieren en algunas cosas de esta versión. El subteniente Guevara coincide con Espinoza, pero añade, poniendo en boca del coronel, estas palabras, "Estos han sido los intelectuales que han dirigido la guerrilla por mucho tiempo." En cambio, Yussi Mendoza afirma que cuando lo llamaron al despacho del coronel ya estaba allí Espinoza y que el coronel sólo dijo, "Mirá Mendoza, vas a acompañar a Espinoza a cumplir una misión. El ya sabe qué es."

Posteriormente y antes de salir de la Escuela militar, Espinoza le pidió a Yussi Mendoza una barra de camuflaje para pintarse la cara. ¿Simple reflejo militar? ¿Miedo a ser reconocido? Lo cierto es que el teniente Mendoza se había graduado como bachiller en el Externado San José, siendo rector de dicho colegio el P. Segundo Montes. Durante el cateo, el P. Montes no lo reconoció, pero no es difícil pensar que el teniente sí lo había reconocido. Por su parte, Espinoza afirma que fue Mendoza quien le ofreció la barra de camuflaje para el rostro.

En todas las declaraciones extrajudiciales se encuentran contradicciones entre la versión de Espinoza y la de Mendoza, especialmente en el punto sobre quién tenía la autoridad de la operación. El subteniente Guevara Cerritos apoya prácticamente en todo a Espinoza. Incluso dijo en algún momento de los interrogatorios que le sugirió a Espinoza que pidiera la orden por escrito, cuando éste le manifestó su desacuerdo con ella. Pero Espinoza le habría respondido que tenía miedo de ser considerado traidor si actuaba de esa manera.

Ya listos para salir, el teniente Mendoza ofreció un fusil *Aka* a quien lo pudiera manejar. Oscar Mariano Amaya Grimaldi, soldado del batallón Atlacatl, quien fue encargado de usarlo, no recuerda quién de los dos tenientes (Espinoza o Mendoza) se lo dio, pues ambos estaban juntos. Pero sí dijo haber recibido la información de que iban a matar "a unos delincuentes terroristas que se encontraban en el interior de la universidad UCA" de su comandante (Espinoza).

Todos coinciden, sin embargo, en que poco después de recibir la orden del coronel, salieron de la Escuela militar en dos pick-ups *Ford 250*, acompañados de un grupo de aproximadamente quince soldados. Llegaron hasta los edificios de apartamentos abandonados y dejados a medio construir, que se encuentran en el costado oeste de la UCA. Ahí se concentraron.

Y de nuevo surgen las diferencias en los testimonios. Al final se puede deducir que los tres tenientes dieron instrucciones sobre el operativo que iban a llevar a cabo, que los tres sabían a lo que iban y que los tres colaboraron en la ejecución del plan, el cual, por supuesto, incluía un operativo de cobertura y seguridad para quienes iban a matar a los padres. Decidieron quiénes ejecutarían el crimen y todo el grupo, en columna, se desplazó hacia la UCA. El primer cálculo en cuanto al número de personas que participaron en el operativo, entre 30 y 40, se quedó corto. Por lo menos participaron 47 soldados en el operativo, aunque no todos tomaron parte directa en los asesinatos. Antes de salir del edificio viejo, el soldado Amaya Grimaldi recuerda, que el teniente Mendoza le dijo, "Vos sos el hombre clave."

Amaya Grimaldi, conocido entre sus compañeros como Pilijay, entendió "que él era el que se encargaría de matar a las personas que se encontraban en ese lugar." En el camino, al lado de los tenientes Espinoza y Mendoza, Pilijay oyó que el primero de ellos le dijo, refiriéndose al fusil *Aka*: "Escondé esa mierda."

¿Escrúpulos? ¿Temor? Será difícil aclararlo.

### 3. En la UCA

Entraron por el portón para peatones de la UCA e, incomprensiblemente, esperaron un rato junto al parqueo de automóviles. En ese momento pasó un avión a muy baja altura sobre la UCA, el cual despertó al P. Fermín Sáinz y a varios vecinos. ¿Alguna conexión con el crimen? Lo cierto es que esa misma noche se produjeron los bombardeos aéreos más intensos sobre la población civil de Soyapango.

Frente al parqueo, los soldados fingieron el primer ataque, dañando los vehículos aparcados y lanzaron una granada. Uno de los vigilantes de la universidad, quien dormía en uno de los edificios enfrente del parqueo, atestiguó haber oído dos frases, "Ahí no vayan, que sólo hay cubículos," y "Ya es hora de ir a matar a los jesuitas."

El operativo se desarrolló formando tres círculos concéntricos. Un grupo de soldados permaneció en zonas distantes al Centro Monseñor Romero. Otros rodearon el edificio. Algunos de ellos se subieron a los tejados de las casas vecinas. Por fin, un grupo más pequeño, "selecto," participó directamente en los asesinatos. Solamente los miembros de este grupo han sido acusados y llevados ante la justicia.

Rodeada la casa, los soldados comenzaron a golpear las puertas. Simultáneamente, penetraron en la planta baja del edificio del Centro Monseñor Romero y destruyeron y quemaron lo que encontraron. Los que rodearon la casa de los jesuitas, les gritaron que abrieran las puertas. Oscar Amaya (Pilijay) recuerda haber dicho junto a la puerta trasera de la residencia de los padres, "A ver a qué hora salen de ahí. Según ustedes tengo tiempo para estarlos esperando." Entonces vio a una persona parada frente a la hamaca que colgaba en el corredor, quien le dijo, "Espérense, ya voy a ir a abrirles, pero no estén haciendo ese desorden."

Pilijay sólo recuerda "que este Señor vestía un camión de dormir color café." En efecto, el P. Ellacuría llevaba puesto en el momento de ser asesinado una bata de ese color. Antonio Ramiro

Avalos Vargas, subsargento de alta en el batallón Atlacatl, atestiguó que por esa puerta había un soldado golpeando con un tronco. Que después de "diez minutos de estar golpeando esas puertas y ventanas, abrió el portón que estaban golpeando con el trozo de madera un señor chele que vestía pijama... quien les dijo que no continuaran golpeando las puertas y ventanas porque ellos estaban conscientes de lo que les sucedería." Este padre, tal vez Segundo Montes, el único de los asesinados que estaba con pijama y sin bata, fue llevado a la grama, en la parte de enfrente de la residencia (opuesta a la fachada del Centro Monseñor Romero). Allí estaban ya los padres Amando López, Ellacuría, Martín-Baró y Juan Ramón Moreno. Probablemente mientras llegaba el P. Segundo Montes, el P. Martín-Baró fue con un soldado a abrir la puerta que comunica la residencia con la capilla de Cristo Liberador. Ahí fue donde la testigo Lucía Barrera vio a cinco soldados y donde probablemente el P. Martín-Baró le dijo a uno de los soldados, "Esto es una injusticia, ustedes son carroña." Esta frase la oyó perfectamente Lucía, mientras que, otra vecina, algo más lejos, sólo alcanzó a escuchar las palabras injusticia y carroña.

Haciendo cábalas, puede ser también que el P. Martín-Baró dijera estas palabras al ver que un soldado tenía apuntadas con su fusil a Elba y a su hija Celina. En efecto, para abrir la puerta mencionada, hay que pasar enfrente de la habitación donde ellas fueron asesinadas. Tomás Zarpate Castillo, subsargento de alta en el batallón Atlacatl, estaba de guardia en la puerta de esta habitación por orden del teniente de la Escuela militar, que es como llaman a Yussi Mendoza todos los soldados y clases que han declarado.

Obdulio, el marido de Elba, recuerda que oyó dos veces la frase "Tírense al suelo," desde su casita, muy próxima al lugar de los hechos. Después, al escuchar los disparos, el pánico fue tan grande que le impidió recordar otros detalles. Nunca pensó, sin embargo, que entre los muertos estuvieran su esposa y su hija.

Antonio Avalos y Oscar Amaya dicen que

dieron la orden de tirarse al suelo cuando se quedaron solos con los padres, pues tuvieron miedo de perder el control de la situación. Mientras tanto continuaba el registro de la casa.

Entre tanto, el P. Joaquín López y López había conseguido esconderse en alguno de los cuartos. ¿Cuánto tiempo estuvieron tirados en el suelo los cinco padres? Es difícil saberlo, pero sin duda fue poco tiempo. Los cuchicheos continuaron y algunos vecinos los oyeron sin entender lo que se decía. Justo antes de que los asesinos dispararan, una vecina asegura haber oído una especie de cuchicheo acompasado, como salmodia de un grupo en oración.

#### 4. La hora de matar

Antonio Avalos dice que el teniente Espinoza, con el teniente Mendoza a su lado, lo llamó y le preguntó, "¿A qué hora vas a proceder?" El sub-sargento declara que entendió esa frase "como una orden para eliminar a los señores que tenían boca abajo." Se acercó al soldado Amaya y le dijo, "Procedamos."

Y comenzaron los disparos. Avalos se ensaña con los padres Juan Ramón Moreno y Amando López. Pilijay disparó contra los padres Ellacuría, Martín-Baró y Montes. A diez metros de distancia permanecieron Espinoza y Mendoza, según las declaraciones de los dos verdugos. Pilijay recuerda que "entre los tres señores que les disparó primero (después dio el tiro de gracia a cada uno)... se encontraba el que vestía camión café antes mencionado." Entre los disparos y si hacemos caso a las declaraciones de Pilijay, el P. Martín-Baró sólo recibió el tiro de gracia. La entrada y la trayectoria de las balas hacen pensar que algunos de los padres trataron de incorporarse al comenzar la ejecución. Otros, como el P. Martín-Baró, parecen no haberse movido para nada, manteniendo incluso los pies cruzados hasta el final, como quien se tumba en el suelo y busca una posición cómoda.

Mientras ocurría esto, Tomás Zarpate "estaba dando seguridad" (según sus propias declaraciones) a Elba y Celina. Al escuchar la voz de

mando que dice "ya" y los tiros subsiguientes, "también le disparó a las dos mujeres" hasta estar seguro que estaban muertas, porque "éstas no se quejaban."

En este momento, cuando cesaron los tiros, apareció en la puerta de la residencia el P. Joaquín López. Los soldados lo llamaron y Pilijay dijo que él respondió, "No me vayan a matar porque yo no pertenezco a ninguna organización." Y en seguida entró de nuevo a la casa. La versión del cabo Angel Pérez Vásquez, de alta en el batallón Atlacatl, coincide en parte con lo anterior. El P. Joaquín López salió de su escondite al oír los disparos, vio los cadáveres e inmediatamente se metió en la casa. Los soldados de fuera le dijeron, "Compa, véngase." Y, continúa la narración, "el señor no hizo caso, y cuando ya iba a entrar a una habitación hubo un soldado que le disparó." ¿Quién fue ese soldado? La investigación no lo ha establecido aún. Pérez Vásquez continúa su relato diciendo que al caer el P. López hacia adentro de la habitación, él se acercó a inspeccionar el lugar. Y que, "cuando pasaba por encima del señor a quien habían disparado, sintió que éste lo agarró de los pies, a lo que él retrocedió y le disparó haciéndole cuatro disparos."

Concluido el crimen se lanzó una bengala. Era la señal de retirada. Y como algunos no se movieron, se volvió a disparar una segunda bengala. Ya de retirada, de nuevo Avalos Vargas, apodado por sus compañeros como "Sapo" o "Satanás," al pasar frente a la sala de visitas, donde fueron asesinadas Elba y Celina, oyó jadear a unas personas. Inmediatamente pensó en heridos a quienes había que rematar y "encendió un fósforo, observando que en el interior... se encontraban dos mujeres tiradas en el suelo y quienes estaban abrazadas pujando (jadeando), por lo que le ordenó al soldado Sierra Ascencio que las rematara." Jorge Alberto Sierra Ascencio, soldado de alta en el batallón Atlacatl, "disparó una ráfaga como de diez cartuchos hacia el cuerpo de esas mujeres hasta que ya no pujaron," recuerda Avalos. Cuando Sierra Ascencio perci-

bió que la investigación se estaba orientando hacia su grupo, desierto y será juzgado en ausencia.

Ya no quedaba nada. Amaya Grimaldi escuchó a Espinoza Guerra dar la siguiente orden al cabo Cotta Hernández, "Mételos para adentro aunque sea de arrastradas."

Entonces, el cabo Cotta arrastró el cadáver del P. Juan Ramón Moreno hasta el segundo cuarto del lado oriental de la residencia, que, además, no era el suyo, y lo dejó ahí tirado. A su lado quedó el libro *El dios crucificado* del teólogo Europeo Jürgen Moltmann. Al salir, Cotta se dio cuenta de que todos se habían ido y él hizo lo mismo, dejando los otros cadáveres en la grama.

Había pasado una hora desde que entraron y fingieron un enfrentamiento frente al parqueo próximo a la capilla de la universidad. Cerritos disparó la segunda bengala. El P. Ángel M. Pedrosa, desde su cuarto, vio cómo ambas bengalas descendieron lentamente, atravesando con su luz las cortinas de su cuarto. Otro padre jesuita las vio desde Antiguo Cuscatlán. Pilijay, entre tanto, se tomó una cerveza *Tecate* (mexicana) en el lugar del crimen. El envase de cerveza importada estuvo varios días tirado frente al muro del patio de la residencia sin que ninguna de las instancias investigadoras lo recogiese. Al final, un jesuita lo entregó a la comisión investigadora.

Como despedida, los soldados fingieron un ataque al Centro Monseñor Romero. Era parte del plan. En el libro de operaciones del coronel Benavides se lee textualmente, "a las cero horas treinta minutos del dieciséis, delincuentes terroristas, mediante disparos de lanzagranadas desde la Quebrada Arenal San Felipe, en las proximidades y al costado Sur Oriente de la Universidad en mención, dañaron el edificio de Teología de ese centro de estudios, sin reportarse bajas." El coronel sólo se equivocó en el lugar desde el cual fue atacado el edificio y en la hora, adelantada en realidad casi dos horas exactas, coincidiendo con el paso del avión en vuelo rasante que ya hemos mencionado. ¿Simple casualidad?

En las puertas y paredes de la planta baja del Centro Monseñor Romero, los soldados escribieron las siglas FMLN. Al salir de nuevo por el portón para peatones de la UCA, uno de los criminales escribió, "El F.M.L.N. hizo un ajusticiamiento a los orejas contrarios. Vencer o morir. F.M.L.N." Los análisis grafológicos demuestran que la escritura del subteniente Guevara Cerritos y la del subsargento Avalos Vargas "presentan características similares." Cualquiera de los dos pudo ser el autor.

El Centro Monseñor Romero ya estaba quemado por dentro. Supuestamente, Guevara Cerritos, quien en ningún momento estuvo presente en el sitio del múltiple asesinato, dirigió la quema. Después se instaló una ametralladora *M-60*, traída desde la Escuela militar, así como el *Aka*, frente al edificio del Centro de Investigación y Documentación para Apoyar la Investigación y apuntando hacia el edificio del Centro Monseñor Romero. Pilijay, quien ya se había tomado su cerveza, llegó a tiempo para disparar su cohete antitanque *Low*, el cual estalló contra la verja de hierro del corredor de la residencia de los padres. También disparó su fusil para colaborar con la *M-60*. Otros soldados también dispararon y uno de ellos lanzó dos granadas *M-79* contra el edificio. Ni Cotta Hernández, quien colaboró en el asesinato al arrastrar el cadáver del P. Juan Ramón Moreno, ni el sargento apodado "Salvaje" y su patrulla, quienes dispararon a mansalva contra el edificio, ni los soldados que entraron en el Centro Monseñor Romero e incendiaron y destruyeron sus pertenencias, serán llevados a juicio. Pareciera que sólo se trata de llenar a duras penas el expediente para calmar el clamor internacional y para aplacar al Congreso norteamericano y no de hacer justicia. Para ello parecería suficiente con presentar ante la justicia a los asesinos materiales y a quienes dieron la orden directa de matar. En el testimonio del teniente Yussi Mendoza hay un último recuerdo del escenario del crimen. "Un soldado desconocido llevaba una valija café claro." Los cinco mil dólares del premio Alfonso Comín, otorgado pocos días antes al P. Ellacuría

y a la UCA, han desaparecido quizá para siempre.

### 5. De nuevo en la Escuela militar

Lo que queda es poco. Espinoza Guerra dice en su declaración que salió del lugar con los ojos llenos de lágrimas. Volvió a llorar una vez más al dar su declaración.

De regreso en la Escuela militar. La operación había sido un éxito. En ella habían participado las patrullas de "Satanás, Maldito, Rayo y Acorralado," apodos de guerra de los sargentos o sub-sargentos que las mandaban. Las patrullas de "Nahúm, Salvaje, Sansón, Hércules y Lagarto" anduvieron en los alrededores y al menos la de "Salvaje" se incorporó en el operativo. El apodo de Espinoza es "Toro." La brutalidad de los nombres había sido consumada con los hechos.

Espinoza Guerra cuenta en su declaración que acudió, tan pronto como llegó a la Escuela militar, al despacho del coronel Benavides "con el fin de reclamarle, ya que se encontraba indignado por lo que había sucedido." No lo encontró. Cuando por fin apareció, el mismo coronel tomó la iniciativa:

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupado?

—Mi coronel, no me ha gustado esto que se ha hecho,

—Calmáte, no te preocupés. Tenés mi apoyo. Confía en mí,

—Eso espero, mi coronel.

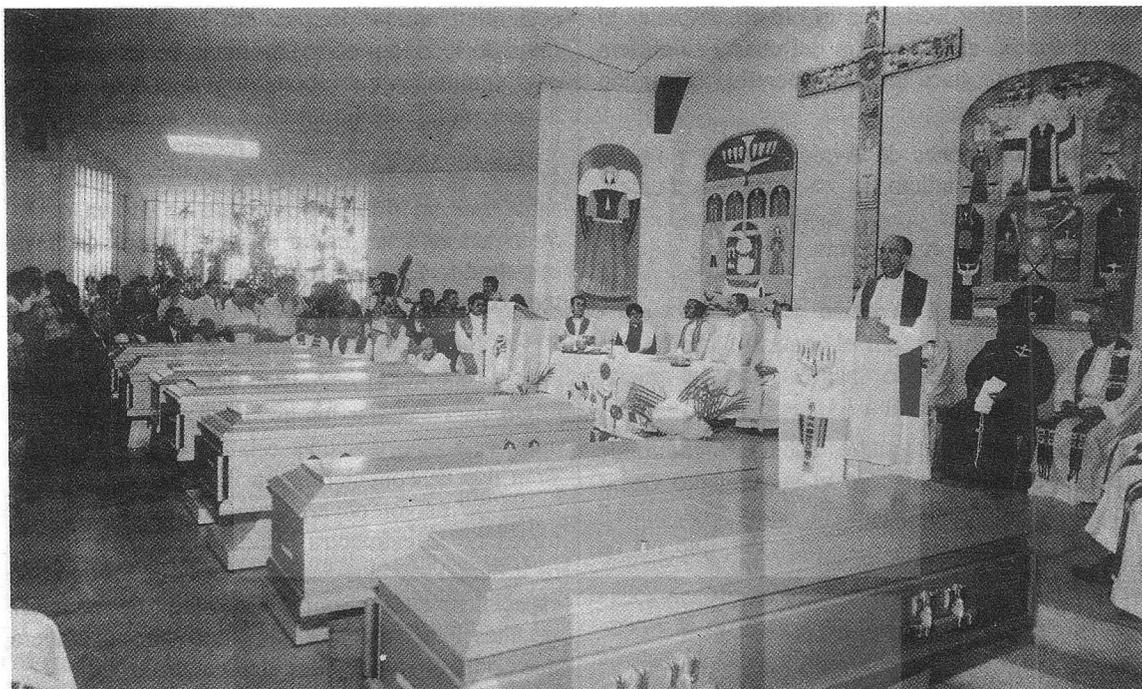
Esa noche, en torno a la UCA, en lugares muy próximos, había entre oficiales, clases y soldados 219 militares, sin contar con quienes participaron en el operativo asesino. Y ninguno de ellos se extrañó, ni se preocupó, ni informó o intentó averiguar lo que pasaba en la UCA. Los soldados del batallón Atlacatl que participaron en el asesinato fueron enviados a las seis de la mañana del día 16 a combatir en el sector de Mejicanos y Zacamil, incorporados a su batallón. Allí lucharon junto con los soldados de la Primera Brigada. Ese mismo días, entre las dos y tres de la tarde, monseñor Rivera y monseñor Gregorio Rosa es-

cucharon una voz que desde un vehículo militar con parlantes decía, "Seguimos matando comunistas. Ya han caído Ellacuría y Martín-Baró. Ríndanse. Somos de la Primera Brigada." A pesar de la denuncia de monseñor Rosa, el hecho no ha sido investigado.

### 6. Las deficiencia de la narración

Aunque la narración dice bastante sobre la materialidad de los asesinatos, en algunos aspectos puede deformar la realidad. Hay, por supuesto, fundamento suficiente para esa deformación, la cual, de alguna manera, es lógica. Los soldados hicieron dos veces la operación (cateo y asesinatos) con diferentes variantes. Permanecieron en una situación de tensión que no les permitía recordar bien los días, tiempos e incluso movimientos personales. De hecho, la investigación comenzó a centrarse en los efectivos del batallón Atlacatl cuando éstos, al ser interrogados sobre el cateo, comenzaron a decir (algunos de ellos) que no había luz ese día y que por eso no se acordaban bien de algunas cosas. En realidad, el día del cateo hubo energía eléctrica, pero no el día de los crímenes, cuando faltó durante toda la noche. Esta primera confusión dio la pista inicial. Pero aun teniendo en cuenta este estado de confusión y de tensión, en las declaraciones hay una serie de contradicciones que conviene explicitar.

En primer lugar, todo el operativo se presenta como resultado de una decisión casi inmediata y espontánea del coronel Benavides. Según la narración de los hechos, no hay ninguna relación entre el cateo del lunes y la orden del miércoles en la noche; todo fue casualidad. No se habla prácticamente de preparativos, los cuales, en realidad, sí hubo y que plantean un tiempo de decisión más amplio que el presentado en las declaraciones. Por ejemplo, la idea de llevar un *Aka* y un *M-60*, propiedad de la Escuela militar, la idea de culpar al FMLN y dejar supuestas huellas en el lugar de los hechos, el combate fingido, la redacción de partes de guerra falsos, llevan a pensar que el plan estaba debidamente



elaborado. Según las declaraciones de Espinoza Guerra y Guevara Cerritos, ellos no habrían tenido materialmente tiempo para elaborar todo el operativo. ¿Quién se los dio ya hecho? ¿Sólo el coronel Benavides? ¿Qué papel jugó en todo esto Yussi Mendoza? ¿Solamente él? De hecho, la narración tiende, sorprendentemente, a soslayar todo dato que pueda responder a estas interrogantes.

En segundo lugar, en la investigación llevada a cabo se observan las siguientes deficiencias. No se ha investigado ni mucho menos se ha llevado ante la justicia a quienes destruyeron el interior y dañaron el exterior del Centro Monseñor Romero. Tampoco a los cómplices de una operación asesina de gran envergadura, en la cual muchos soldados vieron y consintieron, mientras otros destruían lo que encontraban a su paso.

En los testimonios extrajudiciales se habla de un soldado que disparó primero contra el P. Joaquín López y López. La investigación no ha averiguado quién fue, ni intentará hacerlo. Parece que sólo le interesaba identificar a quienes apre-

taron los gatillos asesinos y a quienes dieron la orden de disparar en el lugar de los hechos. Herir parece ser poco importante.

El soldado Cotta Hernández no aparece en la lista de los soldados del batallón Atlacatl que hicieron el registro el lunes. Ni tampoco en la de los soldados que estaban en los alrededores de la UCA. ¿De dónde provenía entonces? ¿Había más soldados en la zona, aparte de los 219 de quienes el Estado mayor afirma tener conocimiento? Cotta Hernández arrastró el cadáver del P. Juan Ramón Moreno al interior de la residencia. ¿No es esto colaborar con un delito? ¿Por qué no ha sido presentado ante la justicia?

Los soldados del batallón Atlacatl que llevaron a cabo el operativo no estaban oficialmente en la zona donde tuvo lugar el múltiple asesinato. ¿Dónde estaban oficialmente? ¿Quién o quiénes colaboraron en la mentira que afirma que dicho soldados del batallón Atlacatl estaban en otro lugar? ¿Acaso no es delito, según el código militar, dar parte de guerra falsos?

El modo como apareció el cadáver del P.

Joaquín López y López en el cuarto, impidiendo con su cuerpo que la puerta del cuarto se abriera completamente, hace un tanto increíble la versión de Pérez Vásquez.

Las declaraciones de Avalos Vargas y las de Pilijay son contradictorias en cuanto a la descripción del lugar donde fueron asesinados los padres. Avalos Vargas afirma que llevó, supuestamente al P. Segundo Montes, hacia el frente de la residencia y allí estaban ya saliendo otros cuatro padres. Pilijay, por el contrario, afirma que venían saliendo cinco padres por la puerta principal y que allí estaba Avalos.

En la salida de los padres hacia el lugar donde fueron asesinados colaboró el subsargento Oscar Armando Solórzano Esquivel, alias "Hércules," de alta en el batallón Atlacatl. ¿Por qué no ha sido procesado?

Por otro lado, toda la dinámica de la investigación ha tendido a concentrarse en la autoría intelectual del coronel Benavides. Sin embargo, éste, tanto extrajudicialmente como ante el tribunal, ha guardado silencio y niega haber participado en el crimen. ¿Por qué se niega tan completamente ante tanta acusación y evidencia? ¿Por qué su silencio? ¿Será más grave hablar que callar?

El historial de Benavides en la Fuerza Armada

está relativamente limpio. No es un militar con fama de loco, represivo, aventado o cualquiera de esas cualidades que abonaría la hipótesis de una acción sangrienta unilateral e inconsulta. En pura lógica, por lo tanto, aunque reconociendo que las guerras se saltan toda lógica posible, es impensable que un militar ponderado se atreva a cometer un acto tan brutal sin que alguien lo haya impulsado. La investigación ha prescindido de toda consideración al respecto.

Finalmente, y aunque tenía a Yussi Mendoza participando en el operativo, el coronel Benavides eligió para ejecutar los asesinatos a dos militares que hacía sólo dos días estaban bajo su mando. Eran dos desconocidos para llevar a cabo el acto ilegal de mayor envergadura en muchos años a través de la estructura ordinaria del ejército (no recurriendo a los escuadrones ni a grupos especiales, etc.) ¿Simple descuido del coronel? ¿O más bien se sentía respaldado de tal manera que podía obviar detalles elementales?

El conjunto de las deficiencias muestra, pues, que la investigación es insuficiente. Tiene, por supuesto, sus puntos claros de autoría material, respaldados con abundancia de pruebas. Pero deja una serie de puntos oscuros que ameritan una segunda fase de investigación, más honda y más capaz de resolver la mayor parte de las dudas que aún persisten.